Y todo vuelve a empezar

rosa del valle lucas

Capítulo 1

Hace dos semanas escuché por primera vez la palabra procrastinar. Tuve que buscar su significado en internet y al leer la definición me di cuenta de que esa había sido la razón por la que mi madre había muerto el día que yo cumplí 13 años.

Mi hermana y yo siempre nos enfadábamos con ella porque tenía la mala costumbre de dejarlo todo para última hora. Ese día no fue una excepción. Salió de trabajar con el tiempo justo, cogió el coche y ese fue el principio del fin. Aún le faltaba por comprar la tarta, las velas y una pulsera que llevaba semanas suplicándole que me regalara. Una hora más tarde volvía a casa satisfecha por haberla encontrado justo antes de que cerrara la joyería. Estaba segura de que era la que yo quería y no se equivocaba. La policía se la entregó a mi padre junto con el resto de las cosas que encontraron en el coche. Desde entonces no he podido ni he querido quitármela.

Perder a tu madre cuando aún eres adolescente debería estar prohibido por algún organismo oficial. El peor día de mi vida yo cumplí 13 años y mi hermana 16 años, dos meses y tres días. Mi madre siempre nos decía que nadie era imprescindible. No quería que nos creyéramos el ombligo del mundo, pero su ausencia lo cambió todo y nos cambió a todos. Todo habría sido más sencillo si hubiéramos sido hermanas del mismo padre, pero tratándose de mi madre eso habría sido demasiado ordinario y ella, según mi padre, era extraordinaria…extraordinariamente impredecible e inusual. Creo que eso era lo que hacía que mi padre fuera de cabeza desde el día que se conocieron.

Mi padre se llama Enrique. Es un hombre que te enamora con solo verle sonreír. Fueron novios durante los últimos 14 años. El padre de mi hermana se llama Sebastián y fue su marido hasta que mi hermana cumplió dos años y dos meses. Mi padre es venezolano, de Caracas. Llegó a España cuando tenía 26 años y Sebastián es cubano, de Matanzas, un municipio a hora y media de la Habana. Con esa riqueza multicultural en casa era imposible que fuéramos lo que viene siendo una familia tradicional al uso. Cuando mi madre se divorció de Sebastián se mudó a Madrid y el primer fin de semana, muy a regañadientes, salió de fiesta con las amigas. En el primer de bar de copas en el que entró, conoció a mi padre. Lo último que ella quería era volver a tener una relación seria, pero ¿Qué entiende el destino de lo que nosotros queremos? Mi madre nos contó que sin perder más tiempo, le dejó claro que la relación sólo iba a durar esa noche. Le pidió, tratándose de ella seguro que se lo exigió, que no se hiciera ilusiones y que al día siguiente no se le ocurriera pedirle matrimonio o le sugiriera tener hijos en el futuro. Conociendo a mi padre

imagino la cara que tuvo que quedársele al oír aquello, pero aun así, eran tantas las ganas de irse con ella, que se lo prometió: Sólo estarían juntos esa noche y nada de matrimonio al día siguiente. Convencida de que sólo iba a ser un rato de pasión, le preguntó dónde vivía. Con lo práctica que era, no le gustó mucho la idea de recorrer los 6 kilómetros que les separaban de su casa a las 3 de la mañana, así que ni corta ni perezosa se lo llevó a casa de sus padres, que este fin de semana se habían ido al pueblo. Apenas tenían que cruzar un par de calles. Mis abuelos vivían entonces en un edificio antiguo del siglo XIX. Al entrar en el portal, después de abrir un portón de madera vieja en color celeste, te encontrabas de frente una escalera de madera desvencijada y descolorida después de sufrir miles de lavados con lejía y Ajax pino. Cada escalón crujía como si fuera a desmoronarse a cada paso que dabas. Enrique subió por ellas agarrándose con cierto nerviosismo al balaustre de bronce con la convicción de que cuando mi madre abriera la puerta se encontraría una comuna de hippies hacinada en una lata de sardinas y tendría que ir saltando por encima de todos ellos hasta que mi madre le señalara el hueco que les correspondía a ellos. Para su sorpresa se trataba de un piso de unos 150 metros cuadrados, decorado con un estilo sobrio y tradicional. La habitación de mi madre era la de una niña de no más de 10 años, ni rastro de una adolescencia rebelde, con muebles de madera maciza de nogal, muñecas y peluches por todas partes. Mi padre recuperó la calma de nuevo, pero sólo le duró unos segundos, el tiempo que tardó el huracán de mi madre en preguntarle frontalmente y sin anestesia si sabía lo que tenía que hacer porque no estaba para perder el tiempo. Cuanto más lo pienso, menos logro entender cómo mi padre aguantó allí estoicamente y no se fue dejándola con las ganas. De una cómoda sacó una caja de condones porque no se fiaba de lo que mi padre pudiera llevar en la cartera, comentario despectivo que generosamente compartió con él sin darle vergüenza. No sé si mi padre sabía lo que tenía que hacer o si le puso todo el entusiasmo que pudo para demostrárselo y eso a mi madre le bastó, pero a eso de las seis y media de la mañana, cuando ya se intuía la salida del sol a través del enorme ventanal, y a ella sólo le quedaban unos segundos para rendirse a los brazos de Morfeo, puso el despertador para que sonara a las 8. Mi padre le preguntó con timidez si esa era la hora a la que tendría que huir a hurtadillas. Ella se giró ligeramente, le miró de reojo a los ojos, sonrió con sorna y le aclaró descaradamente:-Por supuesto que no, lo he puesto para poder seguir con lo que acabamos de dejar. No voy a volver a verte y tengo que aprovecharme de tu destreza. No quiero que nos despertemos a la 1 y hayamos desperdiciado toda la mañana.- Lo que iba a ser una noche de locura y desenfreno se convirtió en una relación de 14 años que terminó el día de mi cumpleaños cuando mi madre se salió de la carretera y cayó por un terraplén de más de 15 metros de altura.

Ese día fue la primera y última vez que vi a mi padre llorar. Ojala pudiera decir lo mismo de mí y de mi hermana. Yo me refugié en la escritura y ella decidió ser hippie y vivir cómo si no hubiera un mañana.

Cuando sólo había pasado una semana, Sebastián llamó al timbre de nuestra casa. No me sorprendió su visita porque pasaba tanto tiempo en nuestra casa como en la suya.

-Tenemos que hablar, Enrique.- Dijo sin levantar la vista del suelo evitando encontrarse con mi mirada o la de mi hermana.

-Pasa ¿Qué necesitas Sebastián? –Mi padre y él nunca habían sido grandes amigos, pero sabían estar en el mismo lugar comportándose como adultos. Eso también formaba parte del legado de mi madre. Desde un principio Enrique tuvo que tolerar la presencia de Sebastián en casa como si fuera uno más de la familia. No le agradaba, al contrario, detestaba verlo allí arreglando un enchufe, colgando unas cortinas o cualquier otra tarea que mi madre hubiera decidido encomendarle. Sin embargo, tragó porque con mi madre siempre era así, o pasabas por el aro o pasabas. Todo le parecía normal, incluso aquellas cosas para las que ni siquiera nosotras encontrábamos una explicación.

-Bueno Enrique, tú sabes que vivo en Madrid solamente por la niña, por María Elena. A mí las grandes ciudades no me van. Ahora que Isabel no está, imagino te habrás preguntado qué vamos a hacer con las niñas.

-¿No podemos seguir como hasta ahora? Ellas viviendo conmigo y tú entrando aquí como Pedro por su casa.-Dijo sarcásticamente.

-Yo no quiero seguir viviendo en Madrid y si me voy, María Elena se irá conmigo. Soy su padre.

-Eso no lo dudo, pero Isabel no habría querido que las niñas vivieran separadas y lo sabes. ¿No estarás pensando en volver a Cuba?

-Claro que no, no estaba pensando en eso. Bueno, entonces… ¿estarías dispuesto a mudarte con Valentina a otro lugar? Porque nosotros aquí no nos vamos a quedar.

-¿Dónde propones ir? Sin Isabel a mí tampoco me ata nada a este lugar. Y el trabajo ya sabes que no me mata.

-Necesito el campo, vivir al aire libre, sin ruido, sin el bullicio de las calles de Madrid. Soy fisioterapeuta y me gustaría ejercer como masajista en un sitio retirado, rodeado de naturaleza. No te ofendas, pero yo quería a Isabel, no como tú, no te enfades que te estoy viendo el gesto, pero la quería. Y ahora no está. Necesito estar en un lugar que no me la recuerde, no quiero girar la cabeza en cualquier esquina esperando

encontrarla porque sé que, desgraciadamente, eso no va a pasar.

-Aprecio tu sinceridad, pero no veo la necesidad de compartir nuestros sentimientos por la misma mujer. –Hasta ese momento yo había estado escuchando resguardada en el sofá de espaldas a ambos. Ninguno de ellos se había dado cuenta de mi presencia hasta que dije en alto:

-Podríamos irnos todos juntos a la casa que la abuela Rosalía nos dejó al morir. Lejos del mundanal ruido como dice mi profesor de literatura. Vosotros contentos y nosotras también, al menos yo. María Helena no sé qué opinará.

3 meses después de mi inesperada y pintoresca sugerencia partimos rumbo a nuestra nueva casa. Todo sucedió muy deprisa, casi sin darnos cuenta estábamos metiendo todas nuestras pertenencias en cajas y cargándolas en una furgoneta que Sebastián había alquilado para la ocasión. Mi hermana no mostraba ningún entusiasmo, pero su apatía ya era mucho más de lo que esperábamos de ella. Desde que mi madre se fue apenas hablaba con nadie y lo único que salía por su boca eran monosílabos. Las únicas atenciones se las dedicaba a nuestras perras, dos labradores que no se separaron de ella desde ese día. ¡Qué inteligentes son los perros! Y es que el dolor de mi hermana era más profundo que el de los demás. Mi padre decía que sería cuestión de tiempo que saliera de su caparazón y Sebastián por primera vez dejó de ser el centro de atención en la relación padre-hija. A pesar de las discusiones que tenían a menudo, mi madre era la única persona que comprendía a mi hermana. Sabía escucharla y siempre elegía las palabras correctas para demostrarle su comprensión. Ni su padre, ni el mío ni yo tenemos esa capacidad de empatizar con ella como lo hacía mamá. Yo creo que siente que ha perdido a su otro yo, su persona favorita, en definitiva, el refugio donde dejaba de llover tan pronto cruzaba el umbral de la puerta.

Al morir, mi abuela Rosalía nos legó un viejo molino del siglo XIX rodeado de una finca de más de 6000 metros cuadrados. Afortunadamente, el edificio no necesitaba una gran reforma, apenas una buena capa de pintura para que recobrara el lustre de antaño y una limpieza a fondo para eliminar todas las arañas que ahora tejían telas de araña a sus anchas en las gruesas vigas de madera que cubrían todas las habitaciones. Las únicas que entramos en la casa directamente fuimos mi hermana y yo. Me podían los nervios y mi desbordante imaginación por descubrir lo que había detrás de aquellos portones de manera carcomida. Para nosotras salir de nuestro minúsculo apartamento de 58 metros cuadrados y entrar en el molino fue como si nos hubiera tocado la lotería y nuestros padres, en un momento de locura transitoria, hubieran decidido comprarse una mansión en la que vivir todos juntos. Sé que mi hermana estaba más ansiosa y emocionada que yo, pero, como siempre, lo disimuló adoptando una actitud de indiferencia que a mí me ponía tan nerviosa que de ganas le habría arreado con el primer palo de escoba que

hubiera tenido a mano. En cambio, Sebastián no era capaz de disimular su agitación con los cambios. Sólo le faltaba gritar a los cuatros vientos que aquel era el sitio con el que llevaba soñando desde que había llegado a España hacía algo más de 20 años. Nada más aparcar la furgoneta, en lugar de entrar en la casa directamente, decidió recorrer a pie los alrededores y descubrió a menos de 4 kilómetros, unos maravillosos manantiales naturales de los que nunca había oído hablar. Por fin tendría un lugar donde bañarse desnudo como solía hacer en playa Coral, cuando creía que no le veía nadie al amanecer. Por su parte, mi padre tampoco se molestó en entrar en la casa. Se fue directamente a lo que de lejos parecía el antiguo pajar, después recorrió lo que antaño había sido el establo y las caballerizas y se sentó tranquilamente sobre una alpaca de heno a pensar en todo lo que podría hacer en aquel lugar. Aunque no hacía mucho tiempo había creído que nunca más volvería a tener ilusión por nada en la vida, en ese momento se dio cuenta de que eso podía empezar a cambiar.

Al entrar en la casa me enamoré del aire que se respiraba, del olor que se había quedado pegado en cada esquina, en cada columna, del ambiente de paz y tranquilidad que reinaba en todas las habitaciones. Sentí que mi abuela Rosalía estaba en todas partes observándolo todo, disfrutando viéndome recorrer cada rincón como cuando era pequeña. Recordé entonces que, con apenas 5 años recién cumplidos, le había dicho a mi abuela que me la regalara. Nunca pensé que se hubiera tomado en serio la petición inocente de una niña de 5 años.

Si algo tenía claro en ese momento es que todo iba a cambiar… mucho más de lo que imaginábamos…

2

Enrique y Sebastián rápidamente se pusieron de acuerdo en casi todo. Una noche, sentados frente a la mesa de la cocina, después de haber fregado los platos de la cena, el padre de mi hermana miró seriamente al mío mientras éste echaba un último trago a su cerveza y le dijo:

-Aquí no se trata de ver ni de demostrar quien la tiene más grande.- Sebastián siempre tan elocuente.- Si cada uno se dedica a lo suyo y no se mete en el trabajo del otro no habrá problemas. ¿Te parece?

-Efectivamente. Yo me centro en los animales y el huerto y tú en tu spa y tus masajes. Las niñas tendrán que ayudarnos en lo que puedan cuando no tengan clases o exámenes. Isabel las tenía muy consentidas y se lo hacía todo. –Una de las primeras cosas que descubrí al llegar a la

casa es que si me sentaba debajo de la escalera, podía escuchar perfectamente todas las conversaciones que estuvieran teniendo lugar en la cocina, así que pasaba más horas allí con mi ordenador que en el resto de la casa. Al oír decir a mi padre que tendríamos que colaborar, no me gustó nada el giro que estaba tomando la conversación. Mi hermana y yo estábamos acostumbradas a que mamá terminara haciéndolo todo en casa. Las dos sabíamos que eso le producía menos ansiedad que gritarnos constantemente para que hiciéramos algo.

-Eso tiene que cambiar. Ahí te doy toda la razón porque viven como marquesas.-Sebastián, militar retirado, es como el sargento de hierro. Si pudiera iría con un silbato a todas partes soplándolo constantemente antes de emitir una orden tras otra y nosotras detrás gritando: -Sí, señor, lo que usted mande señor.- Por suerte para nosotras mi madre entendía poco de decretos y de autoridad, pero ahora ya no está...Instintivamente escribo en mi lista de tareas:

Esconder todos los silbatos que Sebastián haya podido traer con la mudanza.

- De todas formas hay que contratar personal para llevar la casa rural. Necesitaremos alguien que se encargue de recibir a los clientes, otra persona para la cocina y alguien más para tener siempre a punto las habitaciones y el spa.

-De contratar personal prefiero que te encargues tú. Yo, sinceramente, no tengo ganas de empezar a socializar tan pronto con la gente del pueblo. Voy a comprar todo lo necesario para tener nuestra propia granja y un huerto que por lo menos sirva para abastecernos de frutas y verduras. Siempre había querido tener uno, pero a Isabel no le parecía que quedara bonita la terraza llena de macetas con tomates y calabacines. Todo lo verde le producía rechazo. También quería comentarte una cosa. No sé qué te parecería arreglar todo el jardín. Sé que supondría una inversión bastante importante, pero en Venezuela estudié paisajismo y jardinería y creo que podría hacer maravillas con todo ese terreno.

-Por dinero no te preocupes porque con el que hemos sacado vendiendo los dos pisos hay suficiente. Además un jardín bonito atraerá más turistas a la casa y ya recuperaremos la inversión.

-Otra cosa…espero no tengas nada que objetar si entierro las cenizas de Isabel en algún lugar especial del jardín. Necesito tenerla cerca aunque sea de esa manera, un lugar donde pueda ir a hablar con ella siempre que me apetezca o lo necesite. Y no te ofendas, pero no te voy a decir dónde. Ya compartimos la casa, las niñas…creo que es más que suficiente.

-Yo no tengo nada que decir al respecto, pero ella…acuérdate de cómo se ponía con la alergia en primavera. No sé si le parecerá una buena idea acabar en un jardín rodeada de flores.-Al escuchar a Sebastián hablar así de mi madre, un escalofrío me recorre el cuerpo.

-A veces me asustas, Sebas. Hablas de ella como si estuviera aquí y la estuvieras viendo.

-¿Has oído hablar de la transmigración?-Al oír la pregunta, Enrique se levanta tranquilamente hasta el frigorífico y abre otra cerveza antes de dejarse caer de nuevo en la silla. –No me mires así, no estoy diciendo que tenga constancia de que Isabel esté en el cuerpo de nadie, pero no descarto ninguna posibilidad. ¿Tú no preferirías pensar así también?

-Menos mal que dejaste el alcohol hace años. Si no pensaría que le has estado dando otra vez a la botella.-Si mi madre estuviera aquí le habría mirado mal, recriminándole un golpe tan bajo.- Es verdad que antes pensaba que cuando uno se moría hasta aquí había llegado y después…lo que quisieran hacer los gusanos con su cuerpo, pero, por obvias razón ahora no quiero pensar eso. De ahí a creer que Isabel está en el cuerpo de otra persona…eso ya me cuesta creerlo. ¿Sabías que ella y yo teníamos un trato? Habíamos firmado un contrato entre los dos por el que nos comprometíamos a morir juntos cuando yo tuviera 90 y ella 95. Decidimos que no queríamos pasar ningún día el uno sin el otro, pero mira…uno hace planes y el destino tiene los suyos propios. –Sebastián le escucha atentamente, arrepintiéndose de haberle hecho la pregunta.

-Creo que es mejor que nos centremos en hacer la lista de lo que necesitamos para dejar la casa como nueva ¿no te parece? La inauguración será en algo menos de un mes y hay mucho que hacer.-Mientras ellos elaboran la interminable lista, yo añado a mi lista de tareas:

Estar atenta a cualquier movimiento de mi padre en el jardín.

Quiero saber dónde va a enterrar las cenizas de mi madre. Yo también necesito hablar con ella y nadie parece darse cuenta.